

ENCARCELAMIENTO MATERNO, SEPARACION Y DESARROLLO INFANTIL: EVIDENCIAS Y ALTERNATIVAS

Maternal Incarceration, Separation and Child Development: Evidence and Alternatives

L. Alan Sroufe y José M. Causadias

Instituto de Desarrollo Infantil- Universidad de Minnesota

Octubre 2013

Resumen

Este informe hace una breve revisión de la literatura científica sobre el encarcelamiento materno y las consecuencias de la separación entre la madre y el hijo durante los primeros años de vida. Examinamos los efectos nocivos de la separación entre la madre y el hijo en el corto y en el largo plazo y destacamos la importancia de mantener y promover esta relación por el interés superior del niño. Abordamos las implicaciones de estos temas en el marco de la ciencia del desarrollo y de la teoría del apego.

Abstract

The quality of the attachment relationship between mothers and their infants in their years of life has critical implications in child development, as evidence suggests that it partially accounts for children' self-confidence, motivation, trust in others, academic performance, and the ability to form meaningful and stable relationships later in life (Sroufe, Egeland, Carlson, & Collins, 2005). Therefore, separation from the mother due to imprisonment can disrupt the attachment bond and have detrimental effects on children (Murray & Murray, 2010). In this report we briefly examine empirical evidence on the consequences of mother-child separation in the context of incarceration and discuss alternatives centered on the best interest of children.

Encarcelamiento Materno, Separación y Desarrollo Infantil: Evidencias y Alternativas

La calidad de la relación de apego entre madre e hijo durante los primeros años de vida tiene implicancias fundamentales en el desarrollo del niño, ya que la evidencia indica que esto determina en forma parcial la autoconfianza, la motivación, la confianza en los demás, el desempeño académico y la capacidad de establecer relaciones significativas y estables en etapas posteriores de la vida (Sroufe, Egeland, Carlson y Collins, 2005). Por tanto, la separación entre madre e hijo debido a la reclusión materna puede interrumpir el vínculo de apego y tener efectos dañinos en el niño (Murray y Murray, 2010). En este informe examinamos brevemente la evidencia empírica sobre las consecuencias que tiene la separación entre la madre y el hijo en el contexto del encarcelamiento materno y analizamos alternativas centradas en el interés superior del niño.

1. Factores de riesgo asociados con el encarcelamiento materno

En los últimos años ha aumentado en todo el mundo el número de niños que experimentan la reclusión parental, lo cual tiene implicancias significativas en su desarrollo (Murray, Farrington, Sekol y Olsen, 2009). Los hijos de reclusas se encuentran en riesgo aún antes de ser alejados de sus madres, porque sus progenitoras pertenecen desproporcionadamente a un estrato socioeconómico desfavorecido y a minorías, poseen baja escolaridad, son solteras y jóvenes y están desempleadas (Myers, Smarsh, Amlund-Hagen y Kennon, 1999; Poehlmann, Dallaire, Loper y Esquilan, 2010). Antes de la reclusión materna, estos niños tienen mayor probabilidad de haber experimentado un número de estresores, tales como ser víctimas o testigos de violencia en la comunidad, exposición a actividades delictivas y otros problemas asociados con condiciones de vida en pobreza extrema y crónica (Mackintosh, Myers y Kennon, 2006). Una vez encarcelada la madre, aumenta considerablemente el riesgo de que sus hijos desarrollen resultados sociales, mentales y académicos negativos (Murray y otros, 2009). Es probable que la reclusión de la madre estimule sentimientos negativos en sus hijos, como tristeza, ansiedad, miedo, vergüenza, ira, inseguridad y humillación (Hagen y Myers, 2003).

La evidencia indica que los efectos del encarcelamiento parental sobre el desarrollo infantil se diferencian según cuál sea el progenitor que va a prisión. En comparación con los hijos de reclusos, los hijos de reclusas experimentan más alteración respecto a su cuidado diario, más tensión y más adversidad ambiental (Johnson y Waldfogel, 2002; Murray, 2010). Aún más, las madres encarceladas tienden a observar un mayor deterioro en el comportamiento de sus hijos, en relación con los padres reclusos (Richards, McWilliams, Allcock, Enterkin, Owens y Woodrow, 1994).

Algunos de los motivos que subyacen a estos hallazgos son el hecho de que las madres tienden a desempeñar un papel más determinante en la familia y tienden a ejercer el cuidado primario. Es casi tres veces más probable que las madres, y no los padres, hayan estado a cargo del cuidado diario de los niños antes del encarcelamiento (Glaze y Maruschak, 2008). Si el padre va a prisión, los hijos con frecuencia permanecen con la madre, quien puede seguir cuidándolos y, así, proporcionándoles un sentido de estabilidad y seguridad. Al contrario, si es la madre quien va a

prisión, los hijos pueden experimentar una mayor perturbación, porque a menudo son colocados con cuidadores sustitutos (Glaze y Maruschak, 2008), quienes tienden a ser más ineficaces que la madre.

En la mayoría de los casos, la alternativa es la colocación con los abuelos (Bureau of Justice Statistics, 2000; Glaze y Maruschak, 2008; Poehlmann, Park, Bouffiou, Joshua, Shlafer y Hahn, 2008). Si bien el cuidado de los nietos pueda darle sentido a la vida de los abuelos (Mackintosh y otros, 2006), las investigaciones indican que a menudo esto no protege el interés superior del niño (Mackintosh y otros, 2006). Los abuelos custodios tienden a sufrir más depresión, a experimentar menos satisfacción con la vida y a presentar un peor estado de salud que los abuelos no custodios (Bowers y Myers, 1999; Heywood, 1999). Los abuelos que crían nietos tienen un mayor riesgo de enfrentar dificultades emocionales, físicas y económicas, las que en última instancia debilitan su capacidad como cuidadores sustitutos eficaces (Young y Smith, 2000). Por estos motivos, los obstáculos relacionados con la crianza de los nietos eclipsan considerablemente a los beneficios (Daly y Glenwick, 2000).

2. Los efectos que genera en los niños el alejamiento de la madre

La teoría del apego es uno de los marcos conceptuales más influyentes y más ampliamente validados en la ciencia del desarrollo, ya que nos permite captar la singularidad y complejidad del vínculo entre madre e hijo (Bowlby, 1969, 1973, 1980). Una relación cálida y constante con un cuidador sensible le brinda al niño una sensación de seguridad, que es uno de los pilares de la autoestima y del desarrollo saludable (Sroufe y otros, 2005). Sin embargo, para que se desarrolle una relación de apego en la primera infancia, los bebés necesitan un contacto frecuente e íntimo con la figura materna (Bowlby, 1980).

La importancia de la relación de apego en la primera infancia se deriva de la idea de que las primeras experiencias con el cuidador se convierten en el prototipo de las relaciones futuras y tienen una influencia considerable en el desarrollo posterior, lo cual cuenta con un sustento empírico considerable (Fraley, 2002). Aún más, la relación madre-hijo abre sendas de desarrollo positivo que pueden promover la salud y brindar protección ante los efectos de la adversidad o, bien, pueden fomentar sendas de desarrollo negativo que incrementan el riesgo de desadaptación y de problemas de salud mental (Sroufe, 1997, 2000; Rutter y Sroufe, 2000).

El componente crítico en el vínculo madre-hijo es la calidad de la relación de apego (Cassidy, 2008). Es más probable que el bebé desarrolle una relación de apego seguro, si la madre experimenta bajos niveles de estrés, es sensible a las señales del niño, manifiesta disponibilidad emocional y un patrón regular de cuidado receptivo y proporciona una base sólida para la exploración y un refugio seguro ante la amenaza (Sroufe, Coffino y Carlson, 2010). Sin embargo, el bebé tiene más probabilidades de desarrollar una relación de apego inseguro o desorganizado, si la madre experimenta mayores niveles de estrés, muestra un impedimento emocional extremo o una desconexión emocional extrema, presenta un patrón de atención irregular o caótico y es distante, intrincada o amenazante o si se muestra amenazada al responder a las necesidades del bebé (Sroufe y otros, 2010).

Los niños con apego seguro tienden a ser más autónomos y confiados en sí mismos durante la primera infancia; a lograr un mejor desempeño escolar y a desarrollar relaciones significativas con sus pares en la infancia media; a permanecer en el sistema educacional y a ser menos proclives a sufrir problemas de salud mental en la adolescencia; y a establecer relaciones amorosas estables y significativas en la edad adulta (Sroufe y otros, 2005, 2010). En contraste, los niños con apego desorganizado o inseguro son más propensos a tener poca autoconfianza y a ser más dependientes o aislados en la primera infancia; a presentar dificultades académicas, a ser agresores, víctimas o a aislarse socialmente de los demás niños en la infancia media; a desertar del sistema educacional, a relacionarse con sus pares más problemáticos y a desarrollar una serie de problemas de salud mental en la adolescencia; así como a ser más proclives a involucrarse en relaciones amorosas inestables, riesgosas y caóticas en la edad adulta (Sroufe y otros, 2005, 2010).

La separación entre la madre y el hijo producto del encarcelamiento materno puede perjudicar drásticamente el desarrollo del niño y afectar la calidad de su vínculo de apego en la primera infancia. Es probable que la separación en la primera infancia a causa de la reclusión de la madre tenga un impacto tan nocivo en un niño en desarrollo que éste ha sido descrito como un "trauma perdurable" (Philips y Harm, 1997). Este trauma puede ser producto de los efectos combinados y acumulados de la separación de la madre, la pobreza, el abandono, el desconsuelo, la violencia en la comunidad, múltiples colocaciones familiares y cambios de cuidadores (Myers y otros, 1999).

Las consecuencias perjudiciales que provoca la separación de la madre en el desarrollo del niño se potencian con la edad del niño: cuanto más pequeño, mayor es el efecto del alejamiento. Esto se debe a que el vínculo de apego no se forma sino hasta el período de siete a nueve meses de edad (Ainsworth, 1982), cuando han ocurrido importantes cambios de desarrollo a nivel neurológico, social, cognitivo y motriz. Sólo hacia el final del primer año de vida los niños son capaces de conservar y recuperar representaciones de sus cuidadores en forma confiable, de usar a sus cuidadores como una base segura a la cual recurrir en caso de experimentar incomodidad y de desarrollar expectativas sobre el comportamiento y el apoyo del cuidador. Sin embargo, el apego no está completamente consolidado sino hasta los 18 a 24 meses (Bowlby, 1969). Antes, el pequeño puede carecer de recursos cognitivos para enfrentar una separación, ya que todavía no es capaz de comprender la complejidad de una situación familiar ni de entender que su madre podría volver a estar disponible en el futuro. La separación de la madre a una edad tan temprana puede aumentar la probabilidad de desarrollar una relación de apego inseguro o desorganizado con la madre o con los cuidadores sustitutos, lo cual facilita la aparición de los resultados adversos en el desarrollo. Por tanto, a estas edades tan vulnerables, la separación constituye un gran desafío para que el niño establezca un nexo sólido con el cuidador.

La importancia de una relación parental estable ha sido bien establecida en la literatura científica como un predictor de resultados positivos en los niños (Collins, Maccoby, Steinberg, Hetherington y Bornstein, 2000). Cuando el encarcelamiento materno desemboca en una separación, esta relación se altera gravemente. Por desgracia, las visitas como un medio para mantener el vínculo rara vez son una opción viable. Al separarse de sus

bebés, disminuyen las probabilidades de que las reclusas compartan con ellos durante las visitas, debido a que sus familias tienden a ser económicamente desfavorecidas y apenas pueden pagar el costo de los desplazamientos (Christian, 2005, Christian, Mellow y Thomas, 2006). Además, las visitas de los niños a sus madres en prisión se complican por el hecho de que los recintos penitenciarios suelen estar en lugares distantes donde escasea el transporte, tienden a ofrecer entornos deficientes para las visitas y, además, los cuidadores alternativos son reacios a llevar a los niños a las cárceles (Myers y otros, 1999).

Aunque algunos críticos sostienen que la crianza infantil en prisión restringe la libertad de los niños y puede afectar su desarrollo cognitivo debido al ambiente empobrecido (Parke & Clarke-Stewart, 2002), algunos estudios indican que los niños que viven con sus madres en la cárcel y que reciben una intervención de apoyo tienen más probabilidades de generar un apego seguro con sus madres (Byrne, Goshin, Joestl, 2010).

En Francia y en Suiza se han generado programas exitosos que permiten a las madres pasar dos a tres años con sus hijos en la cárcel, gracias a la creación de una sección especial adaptada a las necesidades infantiles que ofrece un entorno enriquecido (Jaffe, Pons y Wicky, 1997). Facilitar el contacto de las reclusas con sus hijos no sólo puede favorecer el desarrollo de los niños, sino también el bienestar de la madre y, potencialmente, puede disminuir la reincidencia (Carlson, 1998). En oposición al argumento de que la separación de los bebés de sus madres encarceladas es beneficiosa, porque la mayoría de ellas son violentas, un estudio descubrió que la mayor parte de las mujeres que están en prisión han sido condenadas por delitos no violentos (Loper, 2006).

No obstante, algunas advertencias requieren consideración. En una revisión reciente, la mayoría de los estudios que mostraban los beneficios del contacto entre madre e hijo después del encarcelamiento incluían alguna forma de intervención, mientras que sólo uno de cada cinco de los estudios que informaban efectos negativos del contacto entre madre e hijo después de la reclusión incorporaba alguna intervención (Poehlmann y otros, 2010). Esto indica que los tratamientos pueden potenciar los beneficios y mitigar las desventajas de las interacciones madre-hijo en prisión. Además, si los pequeños permanecen con sus madres recluidas, es esperable que la idoneidad de las instalaciones penitenciarias y la cantidad de estrés que experimentan las madres causen consecuencias negativas en la calidad de la relación. Por tanto, la aplicación de intervenciones, el mejoramiento de las condiciones carcelarias y la reducción del estrés materno son iniciativas necesarias para fomentar un vínculo de apego seguro.

3. Conclusiones y recomendaciones

Debido a los factores de riesgo de la separación y a otros importantes factores de riesgo relacionados con el encarcelamiento, Murray y sus colegas (2009) consignan que los hijos de cuidadores encarcelados han sido llamados víctimas olvidadas de la delincuencia (Matthews, 1983), víctimas ocultas de la reclusión (Cunningham y

Baker, 2003), huérfanos de la justicia (Shaw, 1992) y víctimas invisibles del aumento en la población carcelaria (Petersilia, 2005).

Estos niños no deberían cargar con la responsabilidad del delito que cometieron sus madres: deberían tener la oportunidad de disfrutar de una vida mejor que la de ellas. Permitir que los pequeños pasen sus dos primeros años de vida con un cuidador no es un privilegio para la madre, sino la aplicación de una política que puede ahorrarles dinero a los contribuyentes a largo plazo.

Facilitar la formación y el mantenimiento de un apego infantil seguro puede promover la adaptación, lo que a su vez puede disminuir el riesgo de que estos niños se conviertan en delincuentes en el futuro. Esto es fundamental debido a que, en comparación con los demás niños, los hijos de reclusas tienen más probabilidad de infringir la ley y de ser detenidos en la adolescencia y en la edad adulta (Myers y otros, 1999).

Creemos que las ventajas de la convivencia con la madre se potenciarían en forma considerable si este esfuerzo fuera parte de un programa integral que mejore las condiciones carcelarias, de modo que sean aptas para los pequeños, que incluya tratamientos destinados a fomentar el bienestar materno y la seguridad del apego con sus hijos y que invierta en la preparación de las madres para una vida mejor después de la prisión.

1. Risk Factors Associated With Maternal Incarceration

In recent years there has been an increase in the number of children who experience parental imprisonment worldwide, which has meaningful implications in their development (Murray, Farrington, Sekol, & Olsen, 2009). Children of incarcerated mothers are at risk even before separation because their mothers are disproportionately from low socioeconomic and minority status, low education, single, young, and unemployed (Myers, Smarsh, Amlund-Hagen, & Kennon, 1999; Poehlmann, Dallaire, Loper, & Shear, 2010). Before maternal incarceration, these children are more likely to have experienced a number of stressors, including witnessing or being victim of community violence, exposure to criminal activities, and other problems associated with living in extreme and chronic poverty (Mackintosh, Myers, & Kennon, 2006). Once health, and academic outcomes are significantly increased (Murray et al., 2009). Maternal imprisonment is likely to prompt negative feelings in children, such as of sadness, anxiety, fear, shame, anger, insecurity and embarrassment (Hagen & Myers, 2003).

Evidence suggests that the effects of parental incarceration on child development differ depending on which parent goes to jail. In comparison with incarcerated fathers, children of incarcerated mothers experience more disruption of their care arrangements, stress, and environmental adversity (Johnson & Waldfogel, 2002; Murray & Murray, 2010). Even more so, imprisoned mothers tend to report more deterioration of the behavior of their children than imprisoned fathers (Richards, McWilliams, Allcock, Enterkin, Owens, & Woodrow, 1994).

Some reasons behind these findings are that mothers tend to play a more pivotal role in the family and tend to be the primary caregiver. Mothers are nearly three times more likely than fathers to have been providing daily caregiving for their children previous to imprisonment (Glaze & Maruschak, 2008). If the father goes to jail, children frequently remain with the mother, who can continue caregiving, thus providing a sense of stability and security. In contrast, if the mother goes to jail, children can experience greater disturbance because they are often placed with substitute caregivers (Glaze & Maruschak, 2008), who tend to be more ineffective than mothers.

In most cases, the alternative is placement with grandparents (Bureau of Justice Statistics, 2000; Glaze & Maruschak, 2008; Poehlmann, Park, Bouffiou, Joshua, Schlafer, & Hahn, 2008). Although taking care of their grandchildren can give grandparents a sense of meaning, research suggest it is often not in the best interest of children experience lower life satisfaction, and worst health than non-custodial grandparents (Bowers & Myers, 1999; Heywood, 1999). Grandparents raising their grandchildren are in an increased risk of facing emotional, physical, and economic difficulties that ultimately undermine their ability to be effective substitute caregivers (Young & Smith, 2000). For these reasons, the difficulties related with raising their grandchildren significantly outweigh the benefits (Daly & Glenwick, 2000).

2. The Effects Of Maternal Separation On Children

Attachment theory is one of the most influential and widely validated frameworks in development science, as it allows us to grasp the uniqueness and complexities of the bond between mothers and their babies (Bowlby, 1969, 1973, 1980). A warm and consistent relationship with a sensitive caregiver provides the infant with a sense of security, which is one of the pillars for self-esteem and healthy development (Sroufe et al., 2005). Yet, in order for the attachment relationship to develop in infancy, babies require frequent and intimate contact with the mothering figure (Bowlby, 1980).

The prominence of the attachment relationship in infancy derives from the idea that early experiences with the caregiver become the prototype for future relationships and has considerable influence in later development, which has received substantial empirical support (Fraley, 2002). Moreover, the mother-child relationship inaugurates positive developmental trajectories that can promote healthy development, protect from the effects of adversity, or negative developmental trajectories that increase the risk of maladaptation and mental health problems (Sroufe, 1997, 2000; Rutter & Sroufe, 2000).

The critical component of the mother-child bond is the quality of the attachment relationship (Cassidy, 2008). The baby is more likely to develop a secure attachment relationship if the mother experiences low levels of stress, is sensitive to the baby's signals, displays emotional availability and a consistent pattern of responsive care, provides a secure base for exploration, and a safe haven in the face of threat (Sroufe, Coffino, & Carlson, 2010). However, the baby is more likely to develop an insecure or disorganized attachment relationship if the mother experiences higher levels of stress, displays extreme emotional lability or unavailability, provides an inconsistent or chaotic pattern of care, and is distant, enmeshed, or threatening/threatened in response to the baby's needs (Sroufe et al., 2010).

Securely attached infants are likely to be more autonomous and self-confident in early childhood, to perform better at school and develop meaningful peer relationships in middle childhood; to stay in school and be less prone to develop mental health problems in adolescence; and to engage in stable and meaningful romantic relationships in adulthood (Sroufe et al., 2005, 2010). In contrast, disorganized or insecurely attached infants are more likely to have low self-confidence and be more dependent or isolated in early childhood; to struggle academically, to be bullies, victims, or be socially isolated from other children in middle childhood; to drop-out of school, associate with deviant peers, and develop a number of mental health problems in adolescence; and more likely to engage in risky, unstable, and chaotic romantic relationships in adulthood (Sroufe et al., 2005, 2010).

Mother-child separation due to incarceration can drastically impair the development and affect the quality of the attachment bond in infancy. Separation in infancy due to maternal imprisonment is likely to have such a harmful impact on the developing infant that it has been referred to as an “enduring trauma” (Philips & Harm, 1997). This trauma can be the product of the combined and cumulative effects of separation from the mother, poverty, neglect, grief, community violence, multiple placements, and changes in caregivers (Myers et al., 1999).

The damaging developmental consequences of separation from the mother are enhanced by children’s age: the younger the child, the greater is the effect of estrangement. This occurs because the attachment bond is not formed until the ages 7 to 9 months (Ainsworth, 1982), when important developmental changes at the neurological, social, cognitive, and motor level have taken place. Only near the end of the first year are children capable of reliably holding and retrieving representations of their caregivers, using their caregivers as a secure bases to turn to in case they feel upset, and developing expectations about their caregiver’s behavior and support. Nonetheless, attachment is not completely consolidated until 18 to 24 months (Bowlby, 1969). Before then, infants may lack the cognitive resources to cope with separation because they are not yet able to comprehend the complexity of the family situation, nor understand that their mothers could be readily available in the future. Separation from the mother at such an early age can augment the likelihood of developing an insecure or disorganized attachment relationship with the mother or the substitute caregivers, facilitating the emergence of the negative outcomes associated with them. At these vulnerable ages, therefore, separations are great challenges to the child establishment of a strong connection to the caregiver.

The importance of a consistent parental relationship is fairly established in scientific literature as a predictor of positive outcomes in children (Collins, Maccoby, Steinberg, Hetherington and Bornstein, 2000) When maternal imprisonment resolves in separation, it severely disrupts this relationship. Unfortunately, visitation as a mean of maintaining the bond is rarely a viable option. When separated from their babies, incarcerated mothers are less likely to spend time with them during visits because their families tend to be economically disadvantaged and can hardly afford the cost of displacement (Christian, 2005; Christian, Mellow, & Thomas, 2006). In addition, children’s visits to their imprisoned mothers are complicated by the fact that prisons tend to be in distant locations where transportation is lacking, they tend to offer poor visiting environments, and alternative caregivers are reluctant to bring children to prisons (Myers et al., 1999).

Although some critics have argued that raising children in prison restricts their freedom and may impair their cognitive development due to the impoverished environment (Parke & Clarke-Stewart, 2002), some studies suggest that infants who live with their mothers in prison and receive a supportive intervention are more likely to have secure attachments to their mothers (Byrne, Goshin, Joestl, 2010).

Successful programs have been developed in France and Switzerland that allow mothers to spend 2-3 years with their children in prison by creating a special section adapted to children's needs that provides an enriched environment (Jaffe, Pons, & Wicky, 1997). Facilitating contact of imprisoned mothers with their infants not only may favor the development of the children, but also improve maternal wellbeing and potentially reduce recidivism (Carlson, 1998). Contrary to the argument that removing infants from their imprisoned mothers is beneficial to them because most of them are violent, a study found that the majority of convicted women are in jail for non-violent offenses (Loper, 2006)

Nonetheless, some caveats require consideration. In a recent review, most of the studies that showed benefits of mother-child contact after imprisonment involved some form of intervention, while only one out of five of the studies reporting negative effects of mother-child contact after imprisonment incorporated an intervention (Poehlmann et al., 2010). This suggests that treatments can potentiate the benefits and ameliorate the shortcomings of mother-child interactions in prison. In addition, if infants remain with their imprisoned mothers, the adequacy of prison facilities and the amount of stress the mother experiences can be expected to take a toll in the quality of the relationship. Therefore, implementing interventions, improving imprisonment conditions, and reducing maternal stress are required initiatives in order to foster a secure attachment bond.

3. Conclusions and Recommendations

Because of separation and others important risk factors associated with imprisonment, Murray and colleagues (2009) note that children of incarcerated caregivers have been referred to as the forgotten victims of delinquency (Matthews, 1983), the hidden victims of incarceration (Cunningham & Baker, 2003), the orphans of justice (Shaw, 1992), and the unseen victims in the rise of prison population (Petersilia, 2005).

These children should not be held accountable for the crime of their mothers, but should be offered an opportunity of having a better life than they did. Allowing children to spend their first two years of life with their caregiver is not awarding a privilege to the mothers, but exerting a policy that in the long-term may save taxpayers funds.

Facilitating the formation and maintenance of a secure mother-child attachment may promote adaptation, which in turn may decrease the risk of these children becoming criminals in the future. This is most critical because children of imprisoned mothers are more likely to break the law and to be arrested in adolescence and adulthood than other children (Myers et al., 1999).

We believe that the advantages of cohabitating with the mother would be greatly increased if this effort is part of a comprehensive program that improves prison conditions to make them appropriate for infants, includes treatments aimed at fostering maternal well-being and attachment security with their infants, and invest in the preparation of mothers for a better life after imprisonment.

Referencias

- Ainsworth, M. D. S. (1982). Attachment: Retrospect and prospect. In C. M. Parkes & J. Stevenson-Hinde (Eds.), *The place of attachment in human behavior*. New York: Basic Books.
- Bowers, B. F., & Myers, B. J. (1999). Grandmothers providing care for grandchildren: Consequences of various levels of caregiving. *Family Relations: Interdisciplinary Journal of Applied Family Studies*, 48, 303–311.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss, Vol. I: Attachment*. New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss, Vol. II: Separation, anxiety and anger*. New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss, Vol. III: Loss, sadness and depression*. New York: Basic Books.
- Bureau of Justice Statistics (2000). *Incarcerated parents and their children, August 2000* (NCJ 182335). Retrieved from <http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/abstract/iptc.htm>.
- Byrne, M. W., Goshin, L. S., & Joestl, S. S. (2010). Intergenerational transmission of attachment for infants raised in a prison nursery. *Attachment & Human Development*, 12, 375–393.
- Carlson, J. R. (1998). Evaluating the effectiveness of a live-in nursery within a women's prison. *Journal of Offender Rehabilitation*, 27, 73–85.
- Cassidy, J. (2008). The nature of the child's ties. In J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment: Theory, research, and clinical applications (2nd ed.)* (pp. 3-22). New York: The Guilford Press.
- Christian, J. (2005). Riding the bus: Barriers to prison visitation and family management strategies. *Journal of Contemporary Criminal Justice*, 21, 31–48.
- Christian, J., Mellow, J., & Thomas, S. (2006). Social and economic implications of family connections to prisoners. *Journal of Criminal Justice*, 34, 443–452.
- Collins, W. A., Maccoby, E. E., Steinberg, L., Hetherington, E. M., & Bornstein, M. H. (2000). Contemporary research on parenting: The case for nature and nurture. *American Psychologist*, 55, 218-232.
- Cunningham, A., & Baker, L. (2003). *Waiting for mommy: Giving a voice to the hidden victims of imprisonment*. London, Canada: Centre for Children and Families in the Justice System.

- Daly, S., & Glenwick (2000). Personal adjustment and perceptions of grandchild behavior in custodial grandmothers. *Journal of Clinical Child Psychology, 29*, 108–118.
- Fraley, R. C. (2002). Attachment Stability From Infancy to Adulthood: Meta-Analysis and Dynamic Modeling of Developmental Mechanisms. *Personality and Social Psychology Review, 6*, 23–151.
- Glaze, L. E., & Maruschak, L. M. (2008). *Parents in prison and their minor children*. Washington, DC: Bureau of Justice Statistics.
- Hagen, K. A., & Myers, B. (2003). The effect of secret keeping and social support on behavioral problems in children of incarcerated women. *Journal of Child and Family Studies, 12*, 229–242.
- Heywood, E. M. (1999). Custodial grandparents and their grandchildren. *The family journal: Counseling and therapy for couples and families, 7*, 367–372.
- Jaffe, P., Pons, F., & Wicky, H. R. (1997). Children imprisoned with their mothers: Psychological implications. In S. Redendo, V. Garrido, J. Perez & R. Barberet (Eds), *Advances in psychology and law: International contributions* (pp. 399- 407). Berlin: Walter de Gruyter.
- Johnson, E. I., & Waldfogel, J. (2004). Children of incarcerated parents: Multiple risks and children's living arrangements. In M. Pattillo, D. Weiman, & B. Western (Eds.), *Imprisoning America: The social effects of mass incarceration* (pp. 97– 131). New York: Russell Sage.
- Loper, A. B. (2006). How do mother in prison differ from non-mothers? *Journal of Child and Family Studies, 15*, 83-95.
- Mackintosh, V. H., Myers, B. J., & Kennon, S. S. (2006). Children of incarcerated mothers and their caregivers: Factors affecting the quality of their relationship. *Journal of Child and Family Studies, 15*, 581–596.
- Matthews, J. (1983). *Forgotten victims: How prison affects the family*. London: National Association for the Care and Resettlement of Offenders.
- Murray, J., Farrington, D. P., Sekol, I., & Olsen, R. F. (2009). Effects of parental imprisonment on child antisocial behaviour and mental health: A systematic review. *Campbell Systematic Reviews, 4*, 1–105.

Murray, J., & Murray, L. (2010). Parental incarceration, attachment, and child psychopathology. *Attachment & Human Development*, 12, 289–309.

Myers, B. J., Smarsh, T. M., Amlund-Hagen, K., & Kennon, S. (1999). Children of incarcerated mothers. *Journal of Child and Family Studies*, 8, 11–25.

Parke, R. D., & Clarke-Stewart, K. A. (2002, January). *Effects of parental incarceration on young children*. Working paper for the National Policy Conference: From prison to home: The effects of incarceration and reentry on children, families, and communities. Washington, DC: US Department of Health and Human Services.

Petersilia, J. (2005). From cell to society: Who is returning home? In J. Travis & C. Visher (Eds.), *Prisoner reentry and crime in America* (pp. 15-49). Cambridge, England: Cambridge University Press.

Phillips, S., & Harm, N. (1997). Women prisoners: A contextual framework. *Women and Therapy*, 20, 1–9.

Poehlmann, J., Dallaire, D., Loper, A. B., & Shear, L. D. (2010). Children's contact with their incarcerated parents: Research findings and recommendation. *American Psychologist*, 65, 575-598.

Poehlmann, J., Park, J., Bouffiou, L., Joshua, A., Schlafer, R., & Hahn, E. (2008).

Representations of family relationships in children living with custodial grandparents. *Attachment & Human Development*, 10, 165–188.

Rutter, M., & Sroufe, L. A. (2000). Developmental psychopathology: concepts and challenges. *Development and Psychopathology*, 12, 265-296.

Richards, M., McWilliams, B., Allcock, L., Enterkin, J., Owens, P., & Woodrow, J. (1994). *The family ties of English prisoners: The results of the Cambridge Project on Imprisonment and Family Ties*. Cambridge, England: Centre for Family Research, University of Cambridge.

Shaw, R. (1992). Imprisoned fathers and the orphans of justice. In R. Shaw (Ed.), *Prisoners' children: What are the issues?* (pp. 41-49). London: Routledge.

Sroufe, L. A. (1997). Psychopathology as an outcome of development. *Development and Psychopathology*, 9(2), 251-268.

Sroufe, L. A. (2000). Early relationships and the development of children. *Infant Mental Health Journal*, 21(1-2), 67-74.

Sroufe, L. A., Coffino, B., & Carlson, E. (2010). Conceptualizing the role of early experience. Lessons from the Minnesota longitudinal study. *Developmental Review, 30*, 36-51.

Sroufe, L. A., Egeland, B., Carlson, E., & Collins, W. A. (2005). *The development of the person: The Minnesota Study of Risk and Adaptation from Birth to Adulthood*. New York: Guilford Press.

Young, D. S., & Smith, C. J. (2000). When moms are incarcerated: The need of children, mothers, and caregivers. *Families in Society: The Journal of Contemporary Hum*